

superiores, catedráticos y alumnos, con piedad edificante.

A las 9, el Ilustrísimo señor Arzobispo Primado entronizó, del lado derecho de la capilla, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, estatua bellísima, llena de unción y de ternura. Pronunció el señor Rector la breve alocución que publicamos en seguida, y empezó la misa solemne, celebrada por el canónigo doctor Nepomuceno Fandiño, y en que ofició el Ilustrísimo señor Herrera Restrepo, de medio pontifical. Asistieron el señor Obispo Medina, muchos sacerdotes y religiosos, varios representantes de los altos poderes del estado y un número selecto de damas y de caballeros.

## ALOCUCION

AL ENTRONIZAR EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN  
EL COLEGIO DEL ROSARIO

La ceremonia por la cual se entroniza en las familias la imagen del Sagrado Corazón de Jesús es rito santísimo, lleno de doctrina, de consuelo y de esperanzas.

Cuando la mayor parte de las naciones del mundo claman oficialmente, como las turbas judías en el Pretorio: "No queremos que Cristo reine sobre nosotros," en los hogares católicos se acoge al Salvador, como en casa de Marta y María, y se le dice, como Natanael: "Tú eres nuestro Rey."

Felizmente Colombia reconoce a Dios en la carta fundamental, acata y protege la religión verdadera; y por medio del Cuerpo legislativo proclamó la soberanía social de Jesucristo, y quiso que la memoria de ese acto se perpetuara en un suntuoso altar de mármol en la catedral de Bogotá, en el cual se ostentase la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, a quien Colombia entera se había solemnemente consagrado.

No bastaba eso a la ferviente devoción del pueblo colombiano. La magnífica iglesia del voto nacional testimonia el amor de la sociedad religiosa; el monumento de la catedral, la obediencia a Cristo de la sociedad civil; faltaba el homenaje externo de la sociedad doméstica. Y el Sagrado Corazón se ha entronizado en todas partes, desde la morada del Presidente de la República, hasta la más humilde choza campesina; desde el palacio del Arzobispo Primado hasta las casas de hombres que se juzgaban hasta ayer hostiles a la religión, o a lo menos indiferentes para con ella.

El Colegio del Rosario es una familia, estos claustros son un verdadero hogar; la cuna de la patria, el origen de nuestra cultura, el nido de los más caros recuerdos a los corazones colombianos. La raíz de esta gloriosa estirpe espiritual fue un varón castellano, de ingenua raza, educado en Salamanca, predicador de reyes, sabio y santo, y magnífico y superior a su época. Allí están sus cenizas; allá, afuera, su imagen eternizada en bronce, su memoria en las nuestras. Desde el cielo conserva su colegio al través del tiempo, al través de todas las tempestades de un turbulento siglo.

Esta familia tiene por madre a la Madre de Dios con el título triunfador del Rosario, el de Santo Domingo en Tolosa, el de don Juan de Austria en Lepanto, el de Sobieski en Viena; la devoción predilecta de Pío V, el santo, y de León XIII, el grande; y veneramos la imagen de la Reina del cielo, bordada para nosotros por las propias manos de una reina de España.

Nuestros hermanos mayores son los personajes más ilustres de la nación, antes y después de la independencia; los héroes de la guerra magna, los mártires de la libertad, los fundadores de la república, los sabios, los triunfadores y los santos.

El Colegio del Rosario no entronizó antes al Corazón de Jesús, porque deseaba honrar al Hijo el día del cumpleaños de la Madre. Elegimos la capilla, por ser el más noble recinto de este claustro. Aquí se inmola la

Víctima augusta del Calvario; aquel tabernáculo encierra a menudo a Dios sacramentado; a la derecha del altar está el sepulcro de fray Cristóbal de Torres; aquí pasaron la postrera noche de su vida Caldas y Camilo Torres, Torices y Joaquín Camacho.

Ya en el altar está la imagen de Jesucristo, Nuestro Señor, en el más augusto de los tronos que son los brazos de su Santísima Madre, la Virgen María. Por tal razón hemos entronizado esta otra efigie en el costado del Evangelio, desde donde preside nuestras solemnidades religiosas el dignísimo señor Arzobispo, donde asisten las altas autoridades del estado, donde el rector os da religiosas instrucciones; para que así consideréis a Nuestro Señor Jesús como vuestro Pontífice, vuestro Rey, vuestro Maestro.

Recordemos quién es el Señor que estamos honrando. Jesucristo es Hijo unigénito del Padre, un solo Dios con EL, el único Dios, vivo y verdadero, encarnado *propter nos et propter nostram salutem*. No hay en Jesús sino una persona, la segunda de la Santísima Trinidad, y por eso todo en EL es digno de adoración: su esencia divina, su humana naturaleza, el alma sacratísima, el cuerpo inmaculado, la preciosa sangre, las dolorosas llagas, el corazón bendito.

La criatura racional no vale por la inteligencia, por el saber, las riquezas, el poderío, sino por el corazón. Francisco de Asís no fue sabio, ni rico, ni poderoso, ni encomiado, y es el más perfecto imitador de Cristo, y el personaje más vivo y presente después de su muerte, porque tuvo un corazón inmenso, donde cupo el Creador y con EL todas las criaturas. Si tanto es un corazón de hombre, ¿cuál será el precio del corazón del Hombre-Dios? Fue formado con infinito esmero por el Espíritu Santo, que es el dedo de las manos divinas: *digitus paternae dexteræ*, de la sangre virginal e inmaculada de María; es el órgano de los afectos sensibles de Jesús, el asiento de su voluntad humana, el trono y el símbolo de su divino amor.

De ese corazón nació la piedad que inclinó al Maestro a sanar todas las dolencias del cuerpo, todas las heridas del alma. El Sagrado Corazón fue el que se compadeció de las turbas que en tres días no habían comido, de la viuda de Naím, que seguía llorando el féretro de su hijo; el que perdonó a Magdalena, defendió a la adúltera de morir, convirtió al publicano en hijo de Abraham, al ladrón arrepentido en primogénito del paraíso celestial. Fue el Corazón el que hizo verter lágrimas a Jesús sobre las futuras desgracias de su patria, y prorrumper en sollozos ante la tumba de Lázaro, su amigo; el Corazón le inspiró la sublime locura de amor que se llama la sagrada Eucaristía; le obligó a sudar sangre en el huerto a fuerza de temor, tedio y tristeza. Se abrió el Corazón divino en la cruz, a impulso de una lanza, y de allí brotaron la sangre y el agua, y nació la Iglesia, esposa mística del segundo Adán, Jesucristo, como había nacido Eva, del costado del Adán primero. En el cielo, el Salvador conserva la cicatriz del costado y de par en par el Corazón, que es foco de luz, hogar de calor suavísimo, asilo para los pecadores perseguidos por la divina justicia.

Miradlo tal como lo contempló la beata Margarita María en el pecho de Cristo: abierto por el hierro de Longinos, coronado de espinas, oprimido bajo el peso de una cruz, ardiendo en llamas de caridad sin medida. Sólo Dios, que es bien infinito y por esencia, merece ser amado; y en Dios, el Verbo hecho carne por amor; y en Jesús, el Corazón, cifra de su ternura hacia nosotros.

Hoy no proclamamos rey a Jesucristo porque hace doscientos sesenta y dos años que EL impera en estos claustros: sólo le renovamos el glorioso vasallaje y nos confesamos una vez más súbditos, hijos y discípulos suyos.

¡Divino Corazón! A Ti clamamos como la Cananea: "Jesús, hijo de David, tén misericordia de nosotros!"; como el ciego de nacimiento: "¡Haz, Señor,

que veamos!"; como el leproso: "¡ Si quieres, puedes sanarnos!"; como las turbas el domingo de Ramos: "¡ Hosanna al Hijo de David! ¡ Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡ Hosanna en las alturas!"

R. M. CARRASQUILLA

## DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Señor Rector, señores:

Declaro, con franca ingenuidad, que pocas veces me he hallado en trance tan apurado y embarazoso como el presente.

Pronunciar el discurso de clausura de estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, ocupar esta tribuna que han ilustrado tantos doctos y maestros en el buen decir, quien, como yo, hace años no trajina sino leyes y expedientes, es algo que raya en temeridad. Y así lo es.

Pero quiso nuestro dignísimo rector, no obstante mis excusas reiteradas y sinceras, que así fuera, y como sus deseos son órdenes infranqueables para mí, he tenido que ceder, porque aunque este colegio es más que república, cuna de ella, hay en él una autoridad a quien todos obedecemos, porque manda con sabiduría y con amor.

Aquí me tenéis, pues, sin saber qué deciros en esta ocasión que no sea indigno de tan inteligente auditorio.

Ya dije que hace luengos años mis horas se gastan entre expedientes y leyes. Pues bien; os hablaré de leyes, ya que entre éstas hay una que quizá me dé tema para unas breves palabras. Ya comprenderéis que os hablo del Código Civil, asignatura que se me ha confiado y que constituye para mí el más alto honor de cuantos he recibido en toda mi vida.

El Código Civil abarca todo lo terreno. Sus dominios son el hombre, las cosas y las convenciones, y